

Descubrí la importancia de la comida hace dos años. Cuando las enfermeras me despertaron, y mis padres comenzaron a tocarme las manos, y la voz de mi marido se acercaba tanto a mis labios, que se hacía plenamente masticable su dolor.

-Tranquila hija, no pasa nada.

Las enfermeras me incorporaron, con sus manos haciendo de manivela en mi espalda, acomodando la almohada dura y áspera.

-Así, así, muy bien hija.

Y sentí un peso que hundía mi cama por la izquierda, y luego el olor de un consomé de pollo y fideos.

-Venga, abre la boca, hija. Muy bien, así.

Sentí un ardor metálico en los labios. Unos labios que parecían ser piel de otro, insensibles, y enormes, me parecieron labios gigantes de mono, que apenas podía entre abrir, para dejar que la cuchara me inundara de caldo la boca. Se me quemó la lengua, y sentí cien chispas de dolor en su punta, una quemazón imposible. Pero lo que me produjo escalofríos, y una súbita consciencia de mi ceguera fue la cuchara de metal. Chocaba contra mis dientes, y se le trababa a mi madre en mi boca al intentar sacarla. Si hubiera podido ver de qué tamaño era, hubiese abierto más la boca, cerrándola a tiempo, sin que tuviera que caerse nada a la colcha, y así mi marido no hubiera tenido que salir precipitado de la habitación, para llorar en el pasillo, sólo, creyendo que no me daba cuenta, y sin darse cuenta él de que una ciega oye muy bien através de las paredes de un hospital viejo.

Después de aquel primer día, fui acostumbrándome a imaginar los manteles de las mesas, a jugar con las migas de pan, a recorrer el borde del vaso con los dedos para saber cuando iniciar un trago. Y comprobé de pronto que todos los sentidos influyen, que no comemos pasteles con la boca, que es la vista quien hace de tenedor, que es el olfato quien corta el filete, y los dientes son meramente los ejecutores de una sentencia monótona que nos empeñamos en vestir de ocasión especial.

Ahora escucho cómo chocan los fideos con el borde del plato. Abro la boca al instante cuando huelo el borde de un trozo de filete. Cuando toco la corteza áspera del pan, imagino un tacto poroso y algo húmedo en capas más profundas. Las cremas ya no me parecen asquerosas cuando rozan de golpe mis labios, y aprendo poco a poco a disfrutar cuando muerdo una fruta, y de pronto la boca entera se llena de jugo, ya no me atraganto.

Sin embargo, en ocasiones, echo de menos la falta de concentración que me suponía antes comer, mucho antes del accidente. Y entonces dejo el plato casi intacto, porque me es mucho esfuerzo adivinar de qué color es la salsa, si son dos filetes o uno, si el color de la botella es verde... Entonces, me quedo callada, escuchando, por si logro averiguar algo, y creo que algún día conseguiré que el vapor que sube en espirales de la sopa, entre por mi nariz también en espirales.